

dernas, no son tan voluminosas como las del P. Puente y son por lo tanto mas acomodadas para principiár esta série de nuestra *Biblioteca*.

Espuesto nuestro plan y los motivos que nos han inducido á publicar primero las Obras del V. P. Rodriguez, podriamos ahora estendernos en hacer el debido elogio de ellas. Pero ¿quién hay que las desconozca? ¿Quién que no se encante y quede prendado al ver la sencillez, claridad y gracia con que, sin degenerar en bajeza, presenta en ellas su autor la doctrina católica y lleva como por la mano al práctico *ejercicio de la perfeccion y virtudes cristianas* que es el título que las puso? ¿Quién ignora el aprecio con que desde su aparicion fueron recibidas, habiendo sido preciso hacer tres numerosas ediciones aun en vida del autor? ¿Quién ignora que á los pocos años se hallaban ya traducidas y publicadas en latin, en italiano, en francés, en inglés, en aleman etc., y que despues de la muerte del autor han sido muchas las ediciones que de ellas se han hecho tanto en España como en el extranjero? ¿Quién desconoce que no sin razon fueron recibidas con tan general aplauso, puesto que sobre incluirse en ellas la enseñanza de cuanto encierra una vida cristiana, apoyándola con oportunísima y copiosa erudicion de Escritura, de Padres, de Historia eclesiástica, de símiles vivísimos y de convincentes razones, se vé en ellas tan observado el precepto de mezclar el *utile dulci* y verdades tan austeras, como son las de la perfeccion cristiana, sazonadas con tal sal y gracia tanta que puede muy bien decirse que su estilo es el que recomendaba San Pablo en su carta á los colosenses (1)? ¿Quién no reconoce un mérito singular en estas Obras al ver la claridad con que están tratadas materias de suyo tan profundas y cómo el autor supo bañarlas de tanta luz que el hombre mas sin letras y la muger mas sencilla puedan penetrar hasta el fondo de cuanto en ellas se enseña, sin que por ello tenga por que tacharlas el sábio y entendido, sino antes bien mucho que aprender, mucho que alabar y que admirar?

Escusado es por lo tanto nos detengamos en elogiar estas Obras, Obras que si bien dedicó su autor á sus hermanos, los religiosos de la Compañía de Jesus, no menos se dirigen y son útiles asi á todas las comunidades religiosas, como á toda clase de personas. sea cual fuere su condicion y estado, ora vivan retiradas en el claustro, ora vivan en medio de los peligros y bullicio del mundo, segun el mismo autor lo dice en su dedicatoria. Nos limitaremos por tanto á indicar las reglas que nos hemos propuesto seguir en esta nueva edicion. Ante todo nos ha parecido conveniente hacer preceder esta de una noticia biográfica del venerable autor de estas Obras, porque si en sentir de san Ambrosio lo que mas aviva en el discípulo el deseo de aprender es el alto concepto que ha formado de la escelencia de su maestro (2), no podrá menos de estimular á la lectura de esta Obra y á que produzca gran utilidad en los que la lean el ver cómo el autor practicó lo que enseña, mereciendo sin duda por ello el glorioso dictado de que Jesucristo dijo eran merecedores lo que enseñan y practican lo que enseñan (3). En esta noticia biográfica, que tanto se echa de menos en otras ediciones, no hemos hecho mas de extractar la que precede á una edicion de Sevilla que tenemos á la vista y cuyas palabras hemos conservado casi siempre intactas por el sabor de antigüedad y piedad que en ellas se nota. Quizá, á pesar de lo mucho que la ha-

(1) Sermo vester semper in gratia sale sit conditum. *Ad Colos.* IV, 6.
(2) Primus discendi ardor nobilitas est Magistri. *San Ambros.* de *Virginibus*, lib. 2.
(3) *Matth.* XXIII, 3.

bemos extractado, parezca todavía algo estensa y que descende á demasiados pormenores; pero hemos preferido ser algo difusos á quedarnos cortos: sabemos muy bien que las personas piadosas desean saber hasta las acciones mas pequeñas de los que se han aventajado en la práctica de las virtudes cristianas.—Hemos procurado además traducir á nuestra lengua todos los testos latinos que se hallaban sembrados en la Obra, procurando enlazar su traduccion con el testo, y poniendo luego abajo en las citas el latin.—Tambien nos hemos tomado la libertad de arreglar la ortografia antigua á la que ahora se usa, pero conservando fielmente las palabras y términos del autor, siquiera fuesen antiguos, cuyo language y estilo es uno de los mejores de su tiempo y aun mirado como modelo.—Finalmente, hemos adoptado el tamaño en 4.º, en vez del en 8.º, en que hemos dado las obras anteriores, porque de lo contrario habrian de tener demasiados tomos estas Obras tan voluminosas y salir mas caras á los suscritores; asi que de este modo atendemos á su interés y á la comodidad de poder encontrar mas fácilmente las materias que cada cual desee consultar, y con lo cual se evita tambien el que pueda estraviarse con tanta facilidad algun tomo y quedar incompletas las Obras, como mas de una vez sucede.

NOTICIA BIOGRAFICA DEL V. P. ALONSO RODRIGUEZ.

El venerable P. ALONSO RODRIGUEZ de la Compañía de Jesus nació de familia no sobresaliente, pero honrada y piadosa, el año de 1526, catorce años antes que la misma Compañía se fundase, y cuando aún el que habia de ser su fundador, el gran P. san Ignacio de Loyola, apenas acababa de luchar en Barcelona con los rudimentos de la gramática y comenzaba á luchar en Alcalá con los principios de la filosofia para asi habilitarse á cumplir con el alto designio que ya Dios le habia inspirado de la fundacion de la Compañía. Tan de antemano le iba Dios previniendo á aquel glorioso Patriarca para hijos suyos sugetos de primer nota, y que de tanto lustre habian de ser á la Religion que aún no habia fundado.

Fué su patria la nobilísima ciudad de

Valladolid, feliz no menos en haber sido madre de tal hijo, que en haberlo sido casi al mismo tiempo del otro oráculo tambien de ciencia mística, el venerable P. Luis de la Puente; pues en la perfeccion de la vida y en lo sábio, santo y útil de sus escritos, fueron tales, que no dieron estos siglos ni alguno que los esceda, ni muchos que puedan comparárseles.

Los primeros años de su larga vida fueron como de jóven modesto y aplicado al estudio, con tan buen logro de su aplicacion, que á los diez y nueve de edad se hallaba ya graduado en filosofia. Dejó el mundo, y entró en la Compañía en el colegio de Salamanca el año de 1557; fué uno de mas de doscientos jóvenes que de aquella floridísima universidad, en sola una Cua-

resma, huyendo del mundo, se refugiaron en varias religiones, amedrentados del eco de aquel clarín evangélico, el venerable P. Juan Ramirez, llamado en su tiempo *Apóstol de España*.

En los primeros años de su vida religiosa (en que se incluyen dos de noviciado y algunos de estudios teológicos) juntó tanto caudal de virtud, letras y prudencia, que á los siete años de su entrada en la Religión hizo de él la Compañía la confianza que solo suele hacer de los que entre sus hijos sobresalen mucho en esas tres nobles partidas. Fióle la educacion de sus novicios, y ejerció este empleo por espacio de dos años, que fueron los de 564 y 65 en el colegio de Salamanca, donde para crédito de estos no mas que principios de su admirable magisterio de espíritu, bastará decir que fué aquí su novicio y su discípulo en la Teología mística aquel que habia de ser, y de hecho fué, maestro universal del orbe en la escolástica, el eximio doctor P. Francisco Suarez. Y hizo este grande hombre tanto aprecio de la que miró siempre como muy buena suerte suya, que conservó toda su vida una muy grata y dulce memoria del venerable P.; y con complacencia santa solía congratularse á sí mismo por la que llamabadicha de haberle tenido por su primer Maestro de espíritu: *De tan insigni vitae spiritualis Magistro solitus est postea sibi ipsi gratulari*, dice un historiador de los dos (1).

A los dos años de maestro de novicios de Salamanca, pasó de aquel colegio al de Monterey, con el empleo de rector de aquella casa, y con la sobre-carga de haber de leer al mismo tiempo una cátedra de teología moral: tareas, que continuó por espacio de doce años, y á que con su santo celo y religiosa actividad añadió la de salir con frecuencia á los lugares de la comarca á hacer muy fervorosas misiones que le ganaron en todo el país crédito de varón apostólico. Como tambien al mismo tiempo desempeñaba el empleo de la cátedra, saliendo su fama desde aquel no muy gran teatro, y volando por toda España, se acreditó en toda ella de hombre grandemente sabio en letras

(1) *Alegambe in Bibliot. Soc. verbo Alphonsus.*

morales; tanto que entre los hombres mas doctos, aun de las provincias de España mas distantes, se encendió una generosa codicia de haber á las manos, á cualquiera costa, alguna copia de las materias morales, que dictaba en Monterey á sus discípulos el venerable Padre (1).

Algunas de estas copias llegaron á Andalucía y una de ellas á Granada, á manos del príncipe de la facultad, el venerable P. Tomás Sanchez. Y el alto aprecio que de los escritos del P. Alonso hizo aquel grande hombre, se referirá aquí con las mismas palabras con que lo refiere el venerable P. Juan Eusebio, que dice así: *Leyó teología moral con tanto aplauso y concurso, que sus doctos escritos eran muy buscados; y en Andalucía se hicieron varios traslados, y uno de ellos tuvo en grande estima el P. Tomás Sanchez, valiéndose de su doctrina en las obras que escribió* (2).

El alto punto de estimacion de hombre sabio, á que subió en los doce años de cátedra, movió á los superiores á que, para darle teatro mas proporcionado á su gran saber, lo sacasen de Monterey mas hácia el centro de España. Sacáronlo á Valladolid, donde en la que entonces era Casa Profesa, tuvo el empleo de resolutor de casos. Este nombre se da en la Compañía á los que en ella tienen por oficio el resolver cuantas dudas morales les consultaren domésticos y estraños. Aquí vivió el P. por espacio de un buen número de años, en reputacion poco menos que de oráculo; y aquí tuvieron digno empleo sus grandes letras. Porque como en ciudad grande y con una Chancillería de tanta y tan dilatada jurisdiccion, eran muchos y gravísimos los casos dudosos que á cada paso se ofrecían; de que en los mas y mas graves solía recurrirse por resolucion al P., cuyo sentir comunmente se oía con veneracion, y se seguía con puntualidad.

No podia el crédito de un hombre de este tamaño contenerse dentro de España. Llegó á Roma, donde enterado de sus raras prendas aquel heróico general de la Compañía, el P. Claudio Aquaviva, ordenó al venera-

(1) *Alegambe ubi supra.*

(2) *Var. Ilust. tomo IV, en la vida de el V. P.*

ble Padre que dejando á la provincia de Castilla, á quien ya tanto habia ilustrado, pasase á ilustrar tambien la de Andalucía. Recibió y ejecutó esta orden cuando ya su edad se rozaba con los sesenta años. Pero era de ancianidad tan robusta y tal su vivacidad, que vino á Andalucía con el resto de fuerzas y de vida, que bastó para llegar á cumplir en ella los noventa de edad, y para vivir y trabajar gloriosamente por espacio de treinta y un años, distribuidos de esta suerte: los doce primeros vivió en el colegio de Montilla; los diez siguientes, en el de Córdoba; y los nueve últimos en la Casa Profesa de Sevilla.

De los doce de Montilla, los diez primeros fué al mismo tiempo maestro de novicios y rector del colegio, y los dos últimos solo maestro de novicios; magisterio que regentó con tal felicidad y tal acierto, que cuantos salieron de su escuela salieron perfectamente fundados en dictámenes clásicos de espíritu, y muchos tan empeñados en ser santos, que se salieron con ello y florecieron en Europa y en ambas Indias con crédito de hombres apostólicos y de santidad sobresaliente.

En los diez años que vivió en Córdoba, sobre la de ser maestro y padre espiritual de los de casa con nombre de *prefecto de espíritu*, fué su principal ocupacion la de disponer sus admirables pláticas y ponerlas en estado de darlas al público por medio de la prensa. Dáse aquí el nombre de *pláticas* á estas sus obras tan celebradas en el mundo y tan útiles á todo él, porque los materiales de que principalmente constan son la enseñanza religiosa y las exortaciones domésticas que el venerable padre solia hacer las mas veces como maestro á solo sus novicios, y muchas ó como prelado, ó como prefecto de espíritu á toda la comunidad de novicios y antiguos. Y así, lo que en este asunto trabajó en Córdoba, se reduce á haber distribuido sus pláticas en varias clases, entresacando de todas ellas, y uniendo unas con otras las que tenían entre sí mas afinidad para darles la forma y nombre que les dió de tratados. No hubo en esto tanto que hacer como en haber de dar á sus pláticas nuevo temple, como de hecho les dió, sazónándolas de suerte, que las que de pri-

mera infancia se habian hecho para solo religiosos, ahora parezcan hechas para cuantos, aun en el estado secular, aspiran á servir á Dios con perfeccion; que es una de las principales partidas que les adquirieron en el mundo á estas obras el renombre de *Admirables*.

Dos veces en los diez años de su residencia en Córdoba sacó la obediencia al venerable padre de su estudioso y santo retiro. La primera, para que se hallase en Roma á la quinta congregacion general de la Compañía, como uno de los tres vocales de su provincia de Andalucía. Acompañóle en esta jornada con el mismo carácter y por la misma provincia el sábio y venerable P. Francisco Arias.

En Roma y en la Congregacion general (junta que constaba de lo mejor de la Compañía, y que los que á ella habian concurrido eran muchos muy doctos, muchos muy santos, todos de gran prudencia y no pocos, que lo eran todo, muy prudentes, muy doctos y muy santos) el P. Alonso Rodriguez, que era de los de esta cuarta nobilísima clase, dió tales muestras de prudencia, sabiduría y virtud, que volvió de Roma á España doblada la estimacion y el aprecio que ya de él antes se solia hacer en toda la Compañía.

Y así á los pocos dias que de vuelta de Roma se le permitieron de descanso en su colegio de Córdoba, volvió á sacarlo de él el mismo general Claudio Aquaviva, con orden de que recorriendo por toda la provincia de Andalucía, visitase sus colegios con título de inspector de la observancia de las reglas, que como estaban entonces muy recién establecidas, se juzgó conveniente el que hombres de gran celo, gran prudencia y de vida tal, que fuesen ellos mismos vivos ejemplares de cuál debia ser la observancia, discurriesen por las provincias enseñando con la voz y mostrando con el ejemplo cómo deben las reglas observarse. Y así, al mismo tiempo que en la provincia de Andalucía tuvo este cargo el P. Alonso Rodriguez, en la provincia de Castilla tuvo el mismo el venerable P. Luis de la Puente (1). Tan á un mismo paso corrieron es-

(1) *Saltolo, en la vida del P. Puente.*

tos dos grandes hombres, y tan como de iguales los graduó la estimacion que de ambos hizo la Compañía, que tan delicada suele ser en la calificacion del valor de sus hijos.

Ochenta y un años de edad contaba ya el venerable P. Alonso, cuando de Córdoba hubo de pasar á Sevilla á una congregacion provincial. Y con esta ocasion (como en todas partes le veneraban, le amaban y con tanta ambicion solicitaban su compañía) á instancias de los PP. de Sevilla se quedó á vivir en esta ciudad, donde en la casa profesa residió lo que restaba de su larga vida, que fueron nueve años. Aquí en Sevilla dió la última mano á sus escritos, y aquí los dió la primera vez á la estampa. Y empezaron á correr por el mundo con tan general aceptacion, que apurada en breve la primera, aunque numerosa impresion, para satisfacer á las ansias de tantos como buscaban estas obras y padecian de desconsuelo de haber llegado tarde, aun en vida del autor hubieron de reimprimirse segunda y tercera vez.

Su venerable autor, al cumplir los ochenta y ocho años, se halló tan falto de fuerzas y tan cargado de achaques, que hubo de rendirse al lecho y pasar en él los dos que le restaban hasta los noventa en que concluyó su santa vida con una placidísima y preciosa muerte, cual suele ser la de los santos, á los 21 de febrero del año 1616.

En su entierro hubo todas aquellas piadosas demostraciones con que suele atreverse el pueblo á celebrar las exequias de los que murieron con crédito de extraordinaria virtud. Hubo inmenso concurso. Hubo aclamaciones de Santo. Mucha priesa á besarle los pies, á tocarle rosarios, á pedir reliquias, y aun en muchos llegó la devocion á tomarlas por su mano, atreviéndose con piadosa violencia á despojar de parte de sus vestiduras al venerable cadáver (1).

Hablóse hasta ahora muy en general del venerable autor de estas obras, siguiéndolo solo muy por mayor en los principales pasos de su vida. Razon será que se diga algo en particular de lo mucho que pudiera

(1) *Funus ejus á frequenti populo celebratum est; nitentibus certatim omnibus manus ejus dissuaviari, rosariis contingere, reliquias postulare, etc.* Alegambe.

decirse de sus virtudes. Llegaron estas en el P. Alonso Rodriguez á tan alto punto, que cuantos de ellas escribieron (que fueron muchos y de muy grave censura) las calificaron no menos que de heróicas.

Fué singularísimo en él, y muy difícilmente imitable en los de su instituto, el retiro de las criaturas y la abstraccion de casi todo trato humano, que observó con raro teson toda su larga vida. En doce años que vivió en Montilla, se le observó que no salió de casa sino doce veces, una cada año, á visitar por Pascua á los marqueses de Priego, no por ser señores del lugar, ni por ser tan grandes señores, sino por religiosa gratitud como á patronos de su colegio.

En todo el resto del año, no solo no salia de casa, pero ni aun de su aposento salia, sino á lo inescusable. Y para poder hacerlo así, tenia hora determinada de audiencia cada dia para sus novicios, en que les resolvía sus dudas, animaba en sus batallas y desvanecía sus escrúpulos. Cuando hacia oficio de rector, á la hora de audiencia de los novicios añadía otra media hora en que el ministro y el procurador del colegio le informaban, aquel de el estado espiritual y este del temporal de la casa, y este breve informe le bastaba para que espidiese prudentísimas órdenes, con que los despachaba bien instruidos de lo que debian hacer.

Hecho esto, se daba á sí mismo por absuelto en todo aquel dia del cuidado de la casa; se encerraba en su aposento y se entregaba todo á la oracion y al estudio, tan descuidado de todo lo que no era esto, y tan negado al comercio con seglares, que en cierta ocasion la duquesa de Béjar, que deseaba hablarle y no habia podido conseguirlo por sí misma, hubo de interponer la autoridad del provincial para que bajase el P. á la iglesia á oirla dos palabras. Bajó por obedecer, oyó lo que se le consultaba, respondió brevemente y sin mas esperar (mas tomada, que pedida la licencia de retirarse), se volvió á su encierro.

Mayor prueba de su estrechado retiro (aunque hace papel en ella sugeto muy inferior), es lo que se cuenta del P. siendo rector en Montilla. Servia en casa, algunos

años habia, un mozo seglar; y como á este género de domésticos, en casas especialmente de noviciado, no se les permite la entrada sino muy rara vez á lo interior de la casa, y el retiro del P. era tal; aun despues de algunos años de doméstico, no habia logrado el conocer de vista al superior del colegio. Sucedió, pues, que á este criado, estando de visita en el colegio el provincial, le encargase cierto negocio de alguna importancia, de que él dió muy buena cuenta, y de que obligado el provincial, le preguntó qué recompensa queria de su buena diligencia. Aquel buen hombre, á su modo, respondió: «P. provincial, el mayor favor que su paternidad puede hacerme, será darme ocasion de que yo vea á ese mi P. rector; que como siempre se está metido en su custodia, en tres años que há que vivo en el colegio, aun no le he visto la cara.» Hizole gracia el caso y el estilo al P. provincial, y obligó al P. Alonso á que le diese el consuelo de dejarse ver.

Esto era aun siendo rector, que siendo particular aun era mas estrecho su retiro; tanto, que despues de mucho tiempo de habitador de un colegio solia ignorar la disposicion de la casa: de suerte, que si tal vez le era preciso el ir á alguna pieza algo distante de su aposento, necesitaba de conductor que le guiase para no perderse en el camino como pais no conocido. La experiencia de esto causó no poca admiracion á los PP. de la casa Profesa de Sevilla, cuando ya despues de algunos años que el padre residia en ella, le vieron una vez enredado entre los tránsitos de casa como en un laberinto, sin saber por qué rumbo echar para acertar con la roperia comun; hasta que por la veneracion con que todos le miraban, se ofreció uno de ellos á irle sirviendo de guia.

En fin, este raro varon, habiendo gastado la mayor parte de su vida en las ciudades mas célebres de España, como Sevilla, Córdoba, Valladolid, Salamanca y otras, supo hallarse en cada una una Thebayda, y vivir en todas como en un desierto; tanto, que por lo que este venerable P. fué casi en nuestros tiempos, se puede formar concepto de cuáles serian en los suyos aquellos grandes hombres de la antigüedad, un San Juan

Damasceno, un San Nilo Abad, un San Anastasio Sinaita y otros que supieron ser á un mismo tiempo, por sus espiritualísimos escritos, grandes PP. de la Iglesia; y por su abstraccion y retiro del mundo, famosos anacoretas.

Para toda esta abstraccion y retiro de las criaturas le hacia la costa al venerable P. el trato familiarísimo y continuo que tenia con su Criador, donde la experiencia de ver y gustar cuán suave es Dios le hacia parecer insulsísima cualquiera otra comunicacion. Cuatro horas de oracion retirada tenia todos los dias: la primera muy de mañana, y á la hora que en la Compañía es para todos de regla; la segunda poco antes de medio dia; la tercera al principio de la tarde; y la cuarta ya muy profunda la noche, poco antes de recogerse, que solia ser bien tarde.

Oracion eran tambien en el venerable P. las tareas de todo el resto del dia, pues todas eran de estudio tan espiritual y tan santo, cuál era preciso que fuese el en que se fraguaron obras tan espirituales y santas como las suyas, y en cuya fábrica le era forzoso el tener toda el alma empleada ya en la Sagrada Escritura, meditando sus oráculos, ya en los sagrados volúmenes de los PP. penetrando su enseñanza, ya en la Historia Eclesiástica observando los ejemplos de los santos. Estas fueron las minas de donde sacó el venerable P. el tesoro de sus obras, y en que trabajando todo el dia, todo el dia forzosamente tendria el alma llena de pensamientos y de afectos santos, que es lo que sin violencia puede llamarse oracion continua.

En la vocal así precisa, cuál era el oficio divino, como voluntaria, cuál era el rosario y otras varias devociones que su inalterable constancia en no faltar á ellas jamás hacia parecer tambien precisas, por el ademan exterior del cuerpo, siempre dobladas las rodillas, siempre inclinada la cabeza, quietas siempre, juntas las mas veces, y levantadas las manos, por lo dulce y devoto de la voz, aunque sumisa, y por lo espacioso y bien articulado de la pronuncacion, se le traslucia el temple interior de un ánimo todo sumergido en Dios, y todo tan atento á solo aquel con quien actual-

mente hablaba, que no hallaban en él entrada otras atenciones, si por muy superiores que fuesen eran de cielo abajo.

Buena prueba de esto es la independencia santa con que, siendo rector del colegio de Montilla, se portó con el marqués de Priego, patrono del colegio, señor del lugar y tan gran señor. Vino el marqués un día al colegio con designio de hablar al P. á tiempo que estaba él rezando sus horas. Llegó hasta la puerta de su aposento, hizo que llamase un criado y que le entrase recado con aviso de que estaba él allí y que deseaba hablarle. Recibió el P. el aviso, y sin hacer el menor movimiento, prosiguió en su rezo con gran quietud y espacio hasta que, concluido despues de largo rato, salió á recibir al marqués, de cuya discrecion y piedad mostró el buen concepto que hacia con no darle mas satisfaccion que la general de decirle que habia estado hablando con mayor Señor.

La misa para el venerable P. era una como quinta esencia de espirituales delicias. Preveniase para ella con reconciliaciones indefectiblemente cotidianas. Deciala muy despacio, pero con tal modo, que los que se la oian, aunque era lo natural el que ejercitasen la paciencia en misa tan larga, no ejercitaban sino la admiracion de ver en el altar á un hombre con visos de serafin, y con señas de todo absorto en Dios. A lo espacioso y devoto de la misa, correspondia despues lo espacioso y devoto de la accion de gracias; y á uno y á otro correspondia la constancia en no dejar de celebrar ningun dia de los mas de sesenta años de su sacerdocio, por mas que se atravesasen estorbos al parecer insuperables, que las mas veces vencía con esfuerzo propio y no pocas halló vencidos con providencias extraordinarias. Solo los dos últimos años de los noventa que vivió, por tenerle su edad y achaques rendido al lecho, careció del consuelo de celebrar. Pero suplialo con el de comulgar cada dia de mano agena, y con el de oír misa tal ó cual vez que ayudado de ageno impulso podia dar algunos pasos hasta un oratorio interior de la casa, donde la providencia de los superiores habia dispuesto que se le dijese misa siempre que el P. pudiese ir á oírla.

Poco cuidado tendria de su cuerpo quien traia el alma toda empleada en cuidar solo de sí misma. Todo el tiempo de su vida religiosa trató á su cuerpo no solo con desamor, sino con rigor notable. El desamor lo mostró en no darle gusto en nada, y el rigor en darle cuantos disgustos le permitian las leyes de la prudencia. Solas estas sirvieron de límite á su raro espíritu de mortificación, como á las iras del mar las arenas, y solas ellas fueron el *usque huc venies* (1) que respetó su fervor, para que con estrago de la salud y aceleracion de la muerte no se dejase arrebatar de aquel santo ímpetu de su espíritu de rigor, que sin este freno lo llevarian sin duda á acabar consigo cuanto antes. Y aun así eran en él frecuentes las disciplinas y casi continuos los cilicios.

En cuanto á no permitirle á su cuerpo gusto alguno, aun de los muy indiferentes, mostró bien cuánto era el desamor que le tenia. Los sentidos, estaba, y con razon, persuadido á que se los habia dado el Autor de la naturaleza, no para complacerlos en algo, sino para servirse de ellos solo en lo muy preciso. Y así, para todo lo demás los tenia condenados á privacion de voz activa. A la vista y al oído (que son las puertas por donde mas y con mas peligro suele mandarse el alma) habia puesto leyes tan estrechas, que ni los ojos habian de ver, ni el oído de escuchar sino aquello cuya noticia podia hacerle falta para el gobierno del resto de sus acciones; y así, era tal en él la modestia de los ojos que el que, sin mas noticia de lo que el P. era, le viese entre novicios le tendria por tan novicio como el que más, solo con la diferencia de pensar que era uno de la clase de aquellos que, desengañados tarde del mundo, entran ya ancianos en la Religion, y que en la carrera de la vida religiosa con lo muy ligeros que son en el correr suplen lo muy pesados que fueron en el arrancar. Noticias de mundo y novedades, aun las de mayor tamaño, de que fué fertilísimo su siglo, ya que muchas veces no podia dejar de oírlas escusaba siempre el escucharlas. Y así, jamás le oyeron, ni referir las que sin querer

(1) Job. cap. 38, v. 11.

sabía, ni preguntar las que ignoraba.

Sobre todo: el sentido con quien menos condescendió fué el del *Gusto*. Su porte en esta parte mas que el nombre de templanza; merece el de una rigidísima abstinencia. Los géneros de mas sustancia de que era preciso usar para sustentar la vida, si se los servian bien sazonados, tenia el P. su cierto *contra-arte de cocina*, de que saeaba mil nuevas invenciones, con que, con gran destreza, echaba de industria á perder lo no mal guisado. Muchos de los últimos años de su vida se redujo toda su cena á un cierto tan insulso brevaje, que algunos que quisieron saber por esperiencia á qué sabia, arrepentidos de su curiosidad le calificaron de bebida semejante á aquellas que suelen ejercitar la paciencia de los enfermos.

En crédito de su rara humildad mucho pudierá decirse, aunque de lo ya dicho se infiere cuánto huyó del aplauso humano: pues tanto huyó de ser conocido, y de que supiese el mundo que habia en él tal hombre. A esto miraba aquel su estremado retiro, aquella su admirable abstraccion de las criaturas, aquel negarse á casi todo comercio humano y aquel vivir sepultado como tesoro escondido en las estrecheces de una celda, sin permitirse al registro de tanto caudal de virtud y letras como en ella y en él se encerraban.—Otro efecto de su rara humildad fué el alto silencio en que sepultó tambien los muchos y extraordinarios favores que sin duda recibió del cielo, y que en un alma tan purificada, y de tan familiar, tan estrecho y tan continuo trato con Dios, con gravísimos fundamentos se presume que fueron muchos y grandes. Y así fué opinion comun de cuantos le conocieron, que de este género de noticias se dejaron su humildad y su silencio, allá no se sabe dónde, otro tesoro escondido.

Un raro primor de este humilde silencio, y no comun á todos santos, observaron en este venerable P. los que escribieron de sus virtudes; y es el que, así como jamás desplegó sus labios para decir cosa que pudiese engrandecerlo, tampoco los desplegó para apocarse; y así nunca se le oyó hablar de sí mismo ni en bueno ni en malo; sino, cuando mucho, en materias indiferentes, y cuya relacion, ni le dejaba ai-

roso ni desairado. Ese modo de hablar de sí mismos abatiéndose y apocándose (menos en aquellos que en materia de santidad tienen tan probada su intencion como un San Francisco de Asis) le tenia el venerable P. por sospechoso. Porque decia con gracia, y aun lo dice en sus obras, que ese modo de humillarse de palabra, en muchos suele ser humildad de *garabato*; en cuya retorcida punta, como en la de un anzuelo, ponen el cebo de una humillacion para pescarse un aplauso.

Todo en el P. Rodriguez respiraba humildad. Solia ser el primero en todos los ejercicios humildes, y en los algo decorosos reusaba ser aun el último. Fregar los platos, barrer la casa y otras humildes religiosas faenas de este jaez, que mira como bajezas la altivez humana, eran toda su ambicion, y solian ser sus cotidianas delicias. Y era de ver por cierto, ó en la cocina con un estropajo ó en los corredores de casa con una escoba en la mano, recojiendo basura á todo aquel grande hombre que en su aposento solia estarse con una pluma en la mano repartiendo rayos de luz á toda la posteridad. ¿Y qué ternura no seria tambien el verle frecuentemente en edad ya de mas de ochenta años andar arrastrando por toda la pieza en que comia la comunidad, para besar los pies á los de casa?

Estrechísimo parentesco con la humildad tiene la pobreza de espíritu. En esta virtud, tan propia de religiosos (que como profesan haber despreciado el mundo todo, debén por consecuencia despreciar mucho más las migajas de este mismo mundo, que son las que solo pueden caber en las estrecheces de una celda), fué el P. Alonso Rodriguez uno de los muy pocos aun entré los muy santos. El menaje de su aposento, el vestido interior y exterior, los géneros de que se alimentaba eran todos como de hombre que estaba reñido con cuanto podia serle de comodidad, autoridad ó regalo, y de quien en la lista de cuanto despreciaba en el mundo se habia puesto á sí mismo en primer lugar.

De los géneros de que se alimentaba queda dicho lo que basta. El menaje de su aposento se reducía á una cama muy mal surtida de lienzo y de lana, un par de si-

llas de madera sin mas primor que el que bastaba para ejecutoria de su antigüedad, que era el estar muy bien labradas de la carcoma y los años; una mesa capaz de algunos libros, y arrimados á las paredes con mayor copia de libros algunos estantes.

Y como en materias de virtud suelen tantas veces disfrazarse impulsos de amor propio con pretestos de piedad, y el P. era tan gran maestro en distinguir entre falsos pretestos de piedad y verdaderos impulsos de amor propio, ni aun con pretesto de piedad usaba de alhajas de mas precio, y asi todos sus muebles en este género se cifraban en tal ó cual estampa de papel; una cruz de madera, un rosario del mismo metal, sin mas engarce que un cordon de hilo comun, y de sotana adentro, con algunas reliquias, una bolsa de tela muy vulgar, pendiente al cuello de un cordon de cáñamo, y aun á tiempos de un cordon de esparto.

Mas se le lucia su espíritu de religiosa pobreza en el vestido. El exterior con todo, aunque era como de religioso humilde y pobre, no era tal que viviese muy reñido con las leyes de la decencia. Pero estas leyes las interpretaba el P. tan á su modo, que jamás admitia pieza nueva y que con haberla usado otro algun tiempo no estuviese bien deslustrada. Su manteo (como el P. por su estremado retiro usaba de él tan poco ó nada) siempre era como de quien se habia hecho dueño la polilla y puéstolo como de su mano. Su sotana muy corta, muy estrecha, muy ajada del largo uso, y con tal ó cual bien visible cicatriz de las heridas que habia recibido en lo mucho que habia batallado con el tiempo. Esto era lo que el P. llamaba decencia.—Pero á su vestido interior no hay nombre que darle. En suma, era tal, que los muchos jesuitas que se hallaron presentes al dicho tránsito del venerable P. y que asi que espiró se dieron harta prisa á repartir entre sí por reli-

quias su pobre ropa, se hallaron hecha la costa de la particion en lo muy hecha pedazos que ya ella se estaba.

Efectos de estas, que la fé solo humana veneró como reliquias, fueron varios sucesos que la misma buena fé tuvo por milagros, cuya relacion se omite por no caber en la brevedad que aqui se pretende. Aunque por ser capaz de referirse en pocas palabras, no es de omitir lo que sucedió á un devoto. Solicitó este y logró la ocasion de entrar en la bóveda, en que yacia el cadáver del venerable P., con ánimo de tomarse alguna reliquia de su cuerpo, que ya suponía deshecho. Hallólo incorrupto, y no desistiendo por eso de su empeño, se atrevió á cortarle un dedo, de cuya herida, con asombro suyo, vió correr tanta y tan líquida sangre, cuanta bastó, no solo á teñir, sino á mojar muy bien un lienzo con que quiso restaurarla.—Finalmente, el concepto que de la extraordinaria virtud del venerable autor de estas utilísimas obras podemos hacer, es el que hacia aquel caballero togado, que promovido de oidor de Valladolid á auditor de la Saca Rota, y pidiéndole con esta ocasion algunos Padres de la Compañía, que se sirviese de hacer en Roma los buenos oficios que pudiese en cuanto á promover la causa de la beatificación del venerable P. Luis de la Puente, que estaba pendiente, respondió: “Sí haré, Padres, por cierto; pero ¿por qué no me piden (añadió) que haga lo mismo por el venerable P. Alonso Rodriguez, á quien no tengo por menos santo que otros cuyas beatificaciones se solicitan?” Este concepto de la virtud del venerable autor de estas obras hacia con fé solo humana aquel caballero. El mismo y con la misma fé podemos hacer todos, mientras no dispone otra cosa la única suprema autoridad del vicario de Cristo en la tierra, á cuyas infalibles determinaciones se sujeta cuanto aquí queda dicho.

DEDICATORIA DEL AUTOR.

A LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

El bienaventurado San Gregorio, siendo rogado que escribiese á ciertos monasterios de monges algunos avisos y recuerdos espirituales, responde en la Epístola veinte y siete del Libro sexto del Registro, escusándose diciendo: «Los religiosos, que por la gracia de la compuncion y de la oracion, tienen dentro de sí la fuente de la sabiduría, no tienen necesidad de ser regados de fuera con las gotillas pequeñas de nuestra sequedad. Como en el Paraiso Terrenal no hubo lluvia, ni era menester, porque una fuente que salia de en medio de él lo regaba todo y lo tenia verde, fresco y hermoso, asi el religioso que está en este Paraiso de la Religion, y tiene interiormente dentro de sí esta fuente de la oracion y de la compuncion, no tiene necesidad de nuestros riegos, porque eso le bastará para conservar siempre en su alma la frescura y hermosura de las virtudes.» Con mucha mayor razon me pudiera yo escusar con vuestras reverencias, á quien el Señor ha hecho merced de plantar en este Paraiso de la Compañía de Jesus, y regarlos, y regalarlos en él con el riego de la oracion mental que cada dia tenemos conforme á nuestra regla é instituto, la cual con razon compara tambien San Juan Crisóstomo en un tratado que hace de la oracion á una fuente en medio de un jardin, que todo lo tiene verde y vistoso. Mas esto fuera si yo pensara que habia de decir cosas nuevas, que no supiesen y ejercitasen cada dia vuestras reverencias; pero mi intento en esta obra no es sino refrescar y traer á la memoria lo que todos muy bien saben y ejercitan, que es conforme á lo que nuestro Bienaventurado Padre nos dice en las Constituciones (1), que para esto quiere que haya quien cada semana, ó á lo menos cada quince dias, en pláticas espirituales y exhortaciones públicas, nos dé estos y otros semejantes recuerdos, porque por la condicion de nuestra frágil naturaleza no se olviden, y asi cese la ejecucion de ellos, lo cual, por la bondad del Señor se ejercita y practica en la Compañía, no con pequeño fruto de los de ella. Y por haberme yo ejercitado en ella en este oficio por orden de la obediencia, aunque con mucha confusion mia, mas de cuarenta años, asi con los novicios como con los antiguos, y juntando y recogiendo muchas cosas tocantes á esto, les pareció á mis superiores y á otras muchas personas á quien debo respeto que haria servicio á Dios nuestro Señor y á la Compañía, en tomar este asunto de limar y poner en orden estos trabajos, para que asi el fruto se pueda estender mas y ser mas durable y perpétuo. É imitando en esto al seráfico doctor

(1) Part. 3, Const. c. 1, §. 28.